NUMEROSAS BANDAS (2009)

Ernesto Lumbreras

De nombreuses bandes

Numerosas bandas

ÉCRITS DES FORGES POÉSIE
MANTIS EDITORES LUIS ARMENTIA MALPICA
marbc EDICIONES

Este libro se escribió y revisó, en su etapa final, gracias al apoyo de una beca del Sistema Nacional de Creadores de Arte del FONCA en el periodo 2004-2007.

1. Liturgia de la estación florida y su demorada travesía por un país pequeño

Por un cántaro roto brota la primavera, la aurora de Oaxaca, la turbación del oro con su trote de mulas. Oye la primavera, la funeral discordia del ciempiés y la música, la luz de un ojo muerto. Demasiado de prisa llegó la primavera. Nos quemaba los ojos. Buscaba un semental en un jardín de rosas. Buscaba una palabra en un día de viento. Vino como la piedra de un arroyo turbado. Montó la buganvilia que el deseo cultiva para un festín de cerdos. Atravesó la noche cuando todos dormían y nos lavó la sangre en una pira de brujas.

2. Larga exposición de una jornada primaveral en un territorio donde nunca se pone el sol

MONÓLOGO DEL LOCO DEL PUEBLO EN LA NOCHE TRANSFIGURADA

Para Francisco Magaña

La serenidad como el sereno
viene de arriba.
Triunfos que no son de aquí
pero que son míos,
brisa que cae por la sola gracia
de embriagar a los más puros.
Esa amorosa inmaterialidad del azul
aunque venga de muy lejos
me es oportuna. En su caída
hay una voluntad de recibir todo lo ausente.
En su largo camino, además de tordos,
se guarda una alegría muda.
Entonces ¿para qué me rompo la garganta
pidiendo cosas que no se piden?
¿Qué puedo exigirle a un relámpago,
a una zarza, a un reloj de sombra?

Recibir esa luz mojada, vaya si lo sé,

no es calmar el deseo

con peces de agua dulce.

Humanamente pido

bocas de besar mucho y algunas rosas.

Del peso de la culpa

no hablo tanto. El sereno

que baja a mi noche,

a mi noche llena de espíritus, me desposa

con una palabra. En su hielo prematuro

encuentro la música que no me propuse oír.

Así, perdiéndolo todo,

con mis ojos de soñar,

con una avidez de decir, *cerezas*,

me consagro a la serenidad que viene de arriba.

UN ADOLESCENTE CONVERSA CON SUS DEMONIOS TUTELARES

Hacia la noche, pienso, viajan las migraciones.
La propiedad privada de un estanque de lotos
traspaso sin cautela, burlándome de todo,
del perro, del fantasma, de la alambrada eléctrica...
Y repto sobre la hierba —como una sombra en el agua—
entre el dolor de verlas, a punto de llegar,
a punto de marcharse.

No te acerques de noche:
el vigilante ronda. Insomne como un muerto
mira la primavera caer sobre su granja.
Ayer, ni más ni menos, llenó de municiones
la cabeza de un toro. Para ver las parvadas
te propongo la aurora. Así, recién nacidos
vamos al estupor, a tocar con los ojos
las primeras palabras.

Poco sé de la vida
para hablar de la muerte, pero, si soy sincero,
esas aves me embriagan con sus interrogaciones,
con su saber sanguíneo, con su turba sin pólvora.

“*Del potrero de Jalpa a los vados del Lerma*
su rumbo nos exige la tensa yugular,
la imantación del índice, el punzante delirio
de un campo de cebada.”

Me iría con sus gritos a recorrer el mundo
pensando con la sangre, tal vez, como se piensa
el espanto o las nubes.
Para hallar mi deseo,
con todas sus gargantas, haré un puente colgante.

GLOSA DE UNA ESCENA INEXISTENTE DE *EL PADRINO,* DE FRANCIS FORD COPPOLA

Aquella primavera tuvo algo de iniciático.
Tras la última nevada contraté un jardinero.
Piense en un rosal cárdeno. Una fuente de mármol
despierta en las visitas resentimiento o rabia.
No quiero convencerlo. Esta tierra reclama
un césped California. Si tuviera un jardín,
veo con buenos ojos una legión de gansos
picoteando el sol, los fantasmas, la lluvia.
Ninguna Babilonia estaba en mi cabeza.
Quería un recipiente para la luz de marzo,
con eso me bastaba. Cuatro meses atrás
abandoné la cárcel diez años más viejo.
Disentir con las rosas fue siempre mi divisa.
Si para mí la pólvora era el mejor atajo
también reconocía tres o cuatro caminos
que llevan a la noche. No sé, la recompensa
de administrar la muerte, el amor, la avaricia
se parece demasiado a un jardín con alberca,
con gansos, muchos gansos y una muchacha linda
preguntando si quiero un masaje en los pies
o la luna en las rocas.

EL JEFE DE LA ESTACIÓN DE TRENES, EN SU VEJEZ, PASA REVISTA A SUS NOVIAS DIFUNTAS

Pasó la vida sin verme enamorado
de todas las muchachas. Las quería
corriendo tras el canto de los grillos,
excitadas y trémulas, perdidas
en la luz del rayo verde que rocía
mis mejores ensueños. Ya pasaron
y me dieron sus ojos para verlas
todos los días y todas las noches
desde la casa azul de mi deseo.
Aquí no duermo más. Siempre despierto
las oigo ir y venir como a la lluvia
en las selvas del trópico. Muy lejos,
el pito del tren me vuelve a mis faenas.
Sin embargo las amo, bellas todas,
y no pienso dejarlas, vivo o muerto,
irse sin mí, llevando el pensamiento
de respirar el aire que las viste.

Corran, ríanse, canten, busquen grillos.
Con sus ojos las veo. Con mis ojos
las veré irse, como a la primavera,
cuando vuelve al infierno. Tropezando
con topos, con hormigas, con mis huesos,
algún día vendrán, aquí, conmigo,
a descifrar la música y los sueños
del agua que corre bajo la tierra.

¿POR QUÉ HABLA TANTO

LA PRIMAVERA EN SUS PRIMERAS INCURSIONES?

La primavera quiere decirnos su secreto.
Me dijo hace tres noches: *El camino es llegar.*
Marcho tras el invierno desde el primer día.
Enemigos no somos, pero su estela amarga
degüella petirrojos, envenena las pláticas
del hospital de campo, vende luz con gusanos.
A los niños les rompe las tablas de sumar
corderos en la noche. Para las arboledas
dispone un mico blanco. Demasiado de prisa
se irá la primavera. Lo que pudiste oír
consérvalo en tus ojos. Y si un día la muerte
te seduce, comienza, como un naturalista
a ordenar la ebriedad de Dios en tu cabeza.

(hospital de campo)

Se habló de un campo de cebollas. El furor como la inteligencia riega esta plantación. Tirado en sus márgenes presiento, bajo mi espalda, una gavilla de topos.

UNA MUJER ENCINTA SUEÑA
UN PAVO REAL EN UN JARDÍN GRANIZADO

Soñado, soñado, lo dejé irse bajo las frondas del esplendor. En mi vientre redondo llevaba una música de cascos de caballo y una mina encantada. Tres o cuatro muchachas querían atraparlo: resbalaban en lo efímero y conjetural de la luz blanca, reían con risa de gasa. No sé en qué momento vino esta tromba con su pedrería de hielo; tampoco sé mucho de este pavo real esquivo que, ahora mismo, está trepando una escalera. Va subiendo con saltos de no llegar nunca, de volverse otro mientras en su incendio muere un rey a mansalva. Desde el último peldaño, mirándome, despliega su follaje con muchos loros, su plumaje con pólvora de aparecernos muy alegres. Entonces, en mi vientre siento una tortuga desovando, una charca con ojos de niños durmiendo, una timidez de que no querer respirar el aire del mundo. Mi hijo nacerá pronto, mi segundo hijo, que dentro de mí canta una ronda de comenzar la noche con tres o cuatro muchachas persiguiendo un pavo real en un jardín tapizado de granizo.

CONJETURAS DE UN NONATO
EN LOS DÍAS DE LA SEMANA MAYOR

Voy de cabeza desde hace dos días
con la semana santa en el respiro
de mi madre. Coraje tengo y dudo
de lo que ronda afuera como nubes
que no me mojarán. Me faltan meses
para decir “ya vengo, dejen todo
que llegó el diablo azul cantando sones
seguido de cigarras”. Pero ahora
chapoteo en la música del viernes
más cruel y me siento tan miserable
que estoy pidiendo a gritos una esponja,
un martillo, una manta, una escalera,
pero también, un río bordeado
de sapos amarillos. Yo quisiera
saber tanto de nombres de planetas,
de campanas, de mudos, de arcos tensos
apuntándome. Pero nuestra vida,

la mía y la de mi madre, no alcanza
para perdonar todo. Sólo déjenme
encontrar mi alma aquí donde se vive
como en un pensamiento de estar frente
a una flor. Naceré pronto y con ganas
de dormir en el prado donde pasta
un caballo muy viejo. Con sus manos
sobre el vientre, mi madre está rezando
por mi hermano y por mí. La primavera
llega entonces y, como una viuda
cansada de su luto y sus domingos,
nos embriaga a los tres, nos hace santos
oyendo un ruiseñor mientras el mundo
le da otra vuelta al sol y yo recuerdo
un perfume de fruta dolorosa.

SUITE PARA GORRIÓN,
ESPIGAS DE TRIGO VERDE Y AGUA SERENADA

Para Elisa

(*ritornelo*)

Que no despierte la que está despierta
y pregunte por mí que estoy dormido
con mis ojos clavados en tu puerta
oficiando el oficio de cupido.

Vista y no vista la muchacha está ahí. De corazonada lo sé como sé también que un muro amarillo supone pensamientos de cerrar un abanico. Vista y no vista tú eres la despierta y más te vale, para acabar pronto, que abras tus ojos a la fuente que se oye, tal vez rodeada de gorriones, dentro de tu cuerpo. Te puedo creer lo que yo no me creo: tu risa con huellas de muchos niños, tu forma de medir (*con palos de ciego*) la estela de un caracol.

Vas y vienes por tu casa como sobre la llama de un sentimiento callado, como sobre tu nombre de contener a Dios en un vaso de agua serenada. Afuera estoy viéndote aunque en este momento recoges fresas silvestres en el bosque hechizado de un tapiz de Provenza. Aquí y allá te aguardo con agua y con leopardos, con dardos de amar lo más, con colinas verdes de un trigo verde. Alegre y cantando, desde mi sueño te despierto, frente a la medialuna que vimos (*me acuerdo contigo*) recorrer los espejos de una casa de muñecas.

(*ritornelo*)

Que no despierte la que está despierta
y pregunte por mí que estoy dormido
con mis ojos clavados en tu puerta
oficiando el oficio de cupido.

ANOTACIONES PARA LA BIOGRAFÍA
DE UNA PUTA ARGENTINA

Vino de Buenos Aires, jovencita.
Parecía una fruta sobre la hierba
o un ratón asustado por la lluvia
o mejor, un anillo bajo el lodo
de un camino que lleva al cementerio.
Llegó un día de viento. La belleza
y el placer le dijeron que pensara,
mientras estuviera aquí, en un sendero
que termina o principia justo al borde
de un salto de agua. Dio su cuerpo y su alma
a la pura verdad de oír la noche,
en el momento justo, cuando el cuerpo
pide a gritos su cama de carbones
al rojo blanco. Dócil como un guante
un *sí* de agua con rosas siempre tuvo
para el hombre de buena o mala cara.
Con un cuchillo y con una luciérnaga
hizo un carnaval en tardes de triste
lujuria. Lo mejor de esta muchacha

fue su manera de recordar nombres
de animales o plantas que jamás
existieron. Sirviendo a la belleza
en casa del placer, soñó palabras
que no abrieron jamás la boca para
decirle lo que saben de sus sueños.
Sin decir agua va, una noche dijo:
Morirse con los ojos bien abiertos
—para ver muchos pájaros— sería
la gloria. Ningún cliente, hasta el momento,
se queja de sus locas ocurrencias.
Finalmente, sin darse demasiada
importancia, mira una nube en forma
de guitarra y se deja ir, hechizada,
por la música azul de un salto de agua.

UNA MISMA INSTANTÁNEA
PARA DOS PAISAJES DESPUÉS
DE LA BATALLA

(Chiapas, 1994)

Deja atrás el invierno,
sus vocales de perro, su viudez prematura.
Tras la sombra del diablo, él se irá con su niebla
soñando el fin del mundo. Querrá darte sus hielos
para hacer una balsa y, tal vez, conociéndolo,
te ofrezca amor, veneros y un fogón de crisálidas.
Que no te infundan miedo sus colmillos de leche.
Si lo conoces ebrio, dormirás en su cama
de pólvora, aterrada, oyendo estas palabras:
Estás hecha de música. Aquí, en Chiapas, te sueña
la hormiga, la tormenta. En sus bosques de pino,
alertas la ponzoña, ardes de verlo todo.

(**Oaxaca, 2006**)

Te habla de fertilidad el ángel. Su avidez sin rabia alimenta la aurora. Testigo del cólera, lo seduce el verbo *ocultar* a Dios. Sedentario de un ojo zarco, te impone su miedo a la noche.

EL FUGITIVO

Hierba demasiado olorosa para ser cierta la que levanta ese pie doliente. Corre, corre, como decir, *corazón, lo intentamos.* Bravos perros le siguen, olfatean su ánima, lo confunden con un arroyo. En su cuerpo, todo es una prisa de comenzar un verbo. Hambre y sed tiene; niños, hormigas, algún yunque, si se le mira bien, consigo los lleva. Vive de raíces amargas, conversa con demonios, llora un llanto lustral. Sabe que él es un porqué que huye.

De noche duerme mal como música enterrada, como pata de caballo. Presiente un final de luz nacida sin manos, de olivo conteniendo en su follaje la palabra *luna.* No sabe si entregarse, pobrecito, siente un temor de colibrí detenido sobre una aguja de hielo.

¿Dónde, dónde, a la vuelta de qué fulgor, en qué alambrada sin llano quedó el ojo de su padre? Sabiéndose perdido mira la redonda tierra mojada por la aurora y ríe un poco. Pero corre, corre, como decir, *la vida fue un dolor, yo, soy su canto.*

DEL DIARIO DE UN CAMPANERO

En mi duermevela oigo repicar los campanarios de una catedral sumergida. ¿Celebrarán estas esquilas fraternales la boda de una campana con el mar? No lo sé. En todo caso, esa brisa de resurrección trae a mi oído de artillero un redondo amanecer de ires y venires consagrados a las hechiceras ordenanzas del beso.

Decir cómo llegué a esta algarabía de bronces, me corta la respiración, me pone a reír en compañía de mis muertos. Tal vez fue en Cholula, el reino de mi exilio musical donde aprendí la lengua *shabda* de los sacristanes. Desde entonces, llevando a cuestas el badajo de la hermana mayor, las nupcias marinas me proveen el sésamo capital para ir al encuentro del aire pagano, allá, en las tierras altas.

FRAGMENTOS DE UNA CARTA PRIMAVERAL

ESCRITA AL POETA RILKE

Para Julián Herbert

12 de abril 1926, Moscú
&
No sé dónde terminaría esta carta,
ni de que modo se diferencia de la vida.
&
Me dirijo a usted con palabras que se usan
para hablar de lo ocurrido en un lejano pasado,
que se percibe como la fuente del acontecer
presente, como si manara de ahí.
&
Sin embargo hay algo que nuestra experiencia
de la vida diaria puede enseñar a quien quiere
aprender: que la grandeza en su manifestación
inmediata se transforma en su propio contrario.
&
Se llama Marina Ivánovna Tsvietáieva y
vive en París: 19me arr. 8 Rue Rouvet.

Suyo, Boris Pasternak

Son dos poetas rusos que le escriben a Rilke.

Quieren tocar la luz, quieren tocar la sombra

del corazón del mundo. Le hablan largo y tendido

de ese dulce misterio llamado poesía

que desean beberse hasta la última gota

sabiendo que es de tontos soñar ese deseo.

El cesto de manzanas, la botella de vodka,

la pierna de cordero, entran en nuestro cuerpo

para mudar su luz . No, no, la poesía

no se come ni bebe. Brota porque no puede

dejar de hacerlo: clara, doliente, bella, loca,
pero siempre hechizada. Con una sonrisa fácil,
Rilke imagina el rostro de sus amigos rusos
cuando lean su carta: *pero siempre hechizada*
como el amor, la música o el ojo de un conejo
viendo la luna llena. Cuando concluye la carta,
Marina Tsvietáieva en voz alta la vuelve
a leer para Borís Pasternak, su amigo,
que apenas se despierta, lejos de París, lejos,
en un país de nieve. Los dos poetas rusos
imaginan, cada uno, sin saberlo, una misma
imagen, feliz y turbia: ven a Rilke de noche
sacar la primavera de una tumba de niño.

3. Leído en la bitácora del encaminador de ánimas la noche anterior a mi funeral

Amarissimo brivido funebre davanti all'incendio sordo lunare.

Dino Campana

1

(cerco de alcoba)

Contemplemos un enfermo. Mitad desasosiego entre mangles. Mitad conjuro entre nieblas. Observemos su temblor de escarcha. Su entraña de árbol que arde. Sorprendámoslo en su llanto de cerdo. Este casto coronel supura lotos. Su memoria es sangre en la capa de un guardador de fronteras. Disimulemos el aguacero nocturno en su gloria, la aparición de hormigas en su voz muerta.

— Para mí es una larva:
Conmoción, herrumbre, vapor.

—Lo veo como un tizón en el agua:
Su oratorio es cisma.
Su corazón ostenta abedules.
En su dehesa duerme un tejón.

Para su fiebre un arroyo trae el alba. Habrá que pensar en santos óleos, entumida su alma en un bosque nevado. Esperemos la ventisca del huérfano, la damajuana de la viuda. Entre la noche que cierne el verbo encontraremos sus ojos: un flujo de alcohol asediado por luciérnagas.

(voces de ánimas)

En un sauce alumbrado descanso mi corazón.

*

Para el ladrón de nidos, en un manglar impensable, reservo la palabra escalofrío.

*

Aquí es común soñar el sol en la nieve o dejarse comer por libélulas.

*

Pienso en un perro de aguas husmeando las constelaciones.

*

Un caballo remonta los lobos ocultos en una hoguera. Yo derribo un árbol. Lo escucho caer cantando.

3

(oremus)

Bufan las aguas espumosas. Tu tránsito elude amonestaciones. Tu auto sacramental fluye en nuestras voces. Allá vas, viejo botijón procurando un guiño de alcohol para nuestro duelo. Quisimos decirte tantas cosas. Quisimos mostrarte la desembocadura del río: la malaria, el limo, los lagartos. Nos apetecía beber agua salada y resucitar un poco. Qué fácil hubiera sido, hacer brecha donde el fulgor nos llamara.

Pero no. Dormir sin oírnos sedujo tu linfa. Allá vas con tu memoria en busca de un páramo. A nuestro dolor lo llamaste acoso de pólvora, música de cascos. Rogaremos en la divinidad de tus secreciones, la aparición de un tordo escarlata.

4

(polvo copular)

Poseo una muchacha
con modales de escorpión.
Ufano de penetrar
la hoguera donde caza
un león viejo,
saturo a la joven
con la luz de una piedra
rodeada de agua.

5

(escritura de carbón)

Lo que escribo se parece al hecho de romper una piedra de carbón. Claro, entre una multitud de variantes quiero lo legible del golpe de mazo sobre ese mineral. Duro como la coz de un caballo sobre un fantasma. Transparente como la mordedura de un perro de aguas en mis genitales. No sé si mi escritura está en el sentido de la noche sin márgenes. Tampoco puedo afirmar que esta lámpara de carburo (*camino dentro de un sueño de niebla*) me conduzca hacia la desembocadura de un río.

No es que hubiese propósito alguno desde la primera línea de esta página. Tal vez un poco de ceguera, colinas peladas por la sequía, nidos abandonados. Ahora avanzo y alumbro los ojos de los animales. Quizás el movimiento de mis signos no tenga una progresión. Cegar una liebre en un pedregal tampoco la tiene. Ni siquiera partir una piedra de carbón y colocar sus fragmentos en el interior de esta linterna marcan un destino.

Escribo frases rápidas con temor de haber vivido poco. Sé que me engaño. Lo inútil de la memoria en mi caso reside en su paraíso artificial. Es un orgullo vacío imaginar el pasado como un sobreviviente a quien celebramos en los días inmediatos a los de su hazaña.

Por lo mismo, me pregunto: ¿tendrá la realidad escrita una mejor vida que la que nos confiesa vivir? ¡Ah!, no lo sé, porque de golpe siento un estupor salino en mis pulmones. Recuerdo que de niño miré desde una montaña el delta de un río. Aquello se parecía a *una mano recogiendo caracolas en la playa.* En este momento escucho un fluir y un respirar de agua. Escribo en mi mente:

Un fulgor para el ojo del fantasma
hay en la piedra de carbón.
Algo de mí se muere ahora que sueño.

6
(costumbres de muerto)

Los amores o el oro
queman mi corazón
cuando oigo nacer el agua.
No me diré pobre
porque la oración en mi jardín
es siempre una boda de niños.

Hablo de las ilusiones
que una miga de pan
guarda para mi cielo.
Abandonarme es difícil.
Cuando la noche
prolongue su camino de sal
en mi lengua
tendrá, para su vasto sueño,
un toro a la orilla del mar.

7

(viático del desahuciado)

Una rodaja de limón en su glande, un cosquilleo de uña de gato sobre su ánima de buganvilia. Precipitemos la aturdida monja del yodo, el cultivo de larvas en el ano de un serafín.

A la familia, obliguémosla a macerar su médula en epifanías de bombillas, en el elogio de la morfina, en el relámpago como si se hablara de un santuario. ¡Alertemos las vergüenzas públicas! Si una bulla de flemas inunda su santoral, la vigilia transcurre en bocas de noria y no prestará oído a lo que, sin reclamos, ilumina un árbol en la noche. No se diga grumos de sangre en el orinal o vapores en la voz de los loros, porque si son ciertos, su legión tilda en el fango una caballería.

Habrá de caer o retornar. Su boca aspira la noche reunida en una palabra. Sus dedos auguran un silbo de alfiler. Un goterón agrio de órgano enhiesto alumbra el abismo de su oración.

8

(novenario y metamorfosis)

Húmedo el polen de tus nueve días, con el sol en los ojos bendecimos una porción de tu sombra. Detenido en la piedra de nuestra amistad, mañana no estarás aquí. Para el flujo de tus apariciones, nuestro jardín conservará durante la noche una luciérnaga.

Para Víctor Ortiz Partida

(veintisiete árboles amarillos)

—*Es un respiro la vida.*

Tal vez hay algo de cierto.
La vida tiene mucho aire,
Le sobra el aire. Los muertos,
En cambio, bajo la tierra
Escuchan allá a lo lejos
El lento andar de una pompa
De jabón. La vida es miedo
De hallar el alma sin música.
Yo lo sé. En el aire nuestro
Pasa la muerte cantando.

Abedul o chopo blanco, el que mueve sus follajes soy yo. Dormí en el verano lo suficiente para inventarme una nueva vida. Aquí estoy, me sobra el aire, tengo preguntas duras, sueño armadillos. Quiera Dios quererme porque mi carne es también mi alimento. He venido desde otra noche, no sé cómo se llama una lámpara encendida en un pesebre. Pero me siento como en casa, a mis anchas. Revuelvo las estaciones con mis vivos, con mi boca de contar la agonía del amor pongo nombre a los caballos que pastan en estas llanuras magentas.

10

(senda de cimarrón)

Hasta donde alcance tu vista —la tuya, lector de paso— es mío, se lo he comprado al diablo por una gallina ciega. Si llegaste aquí por tu propio pie, por este sendero de cimarrones, sabes poco de ti mismo. Llegar no significa estar aquí. Arribar a esta colina de brezo se confunde con secar un manantial. Óyeme pues con tu oído de oír lejos. Vamos, alégrate, ése que dices ser tú, también soy yo un poco, con algunos canarios tal vez de más. Juntos hacemos las palabras, el acto de callar, el desierto de la virgen. Lo que quiero decir no tiene comas: mi emoción es un ojo que duerme. Por eso sé que tus hijos persiguen una burbuja de jabón en el cementerio.

4. Anotaciones de un perfumista ciego en torno de una lluvia apenas oída.

FORASTERO EN LA BARRA

¿Bajo el párvulo silencio qué lenguaje ventila para mi tempestad este cantinero? Sin el cántico de la contraseña me sirve la cofradía de una luz resucitada.

Mis asuntos son, si me apuran a decirlo, la vastedad, el invierno. Entre la sal y mi sangre reunidas por el silbo de una semilla abierta aventuro la iluminación más terrible. Apátrida como el desastre del meteoro, retomo siempre el camino dispuesto por la cola de una ardilla.

¿Qué penumbra romperá mi sueño tras empinar el trago, cobarde como una nube en el agua? Sosegado por la bebida del apóstol, en las soledades de un desierto estival, mi cautela alumbrará toda la pasión de un león herido.

MAÑANA DE JALISCO

Para Huberto Batis

Para el ojo del que despierta: agua revolcada por bueyes o la luna de un nonato. Con el ángelus, vendrá la Virgen de Talpa como una larva rodeada de lumbre.

Despertar con un relámpago entre las manos sucede a quien sueña jardines o cópulas interminables. Buena vigilia tienen los sordos de corazón ahogados en la aurora. No así los huérfanos bajo el arrayán de Quila susurrando el amanecer de una hoguera apagada.

La mañana es voluptuosidad. ¡A levantarse! El ábaco del haragán no rinde pellejos de pulga a ningún zapatero. Más allá, los movimientos del sol se demoran en las escamas de un pez agónico.

STURM UND DRANG

Parece lo contrario: un lechón con vocales fuertes, una turba sin crepúsculo, un oratorio para claraboya donde el aguacero de ayer, discreto como un diente de niño, abandonó su pesadilla. Mirado con reserva, apruebo su ojo lunar, la diligencia de su sombra en el hueco de mis manos, las vírgenes dormidas en un prado de anís.

Es un deseo en un país de escarcha. Se le quiere bien, aceptémoslo, guardián de una playa al sol, seduce toda epifanía, marca con abedules la frontera del sueño. Me puedo equivocar cuando digo: "su corazón es una flor sin misterio." Si en el callejón de mastines *deja atrás toda esperanza*, retiro mis palabras, muerdo el nudo del ahorcado hasta encontrar mi alma dormida en un cesto de mimbre.

SOBRE EL DEMIURGO

Tengo en mi azotea un macetón de margaritas. Diríase el esbozo de un templo bajo la lluvia, la fosforescencia de un niño enterrado. Mi dolor de verlo es también mi felicidad. Su carnaval de bonzos me salva el día, magullando su polen en mis ojos.

He censurado su dádiva lunar. Bajo la aurora, esgrimo su follaje contra la desolación y me sumo a lo por venir, caprichoso, pues me aseguran sus mandarines, la aparición de la Virgen de Lourdes, ahí, donde su floración es una quema de brujas.

ANIMAL COPULAR

Míralo aparecer de una hoguera. Su aullido surca campos de sal. Impone en mi alma una emoción de ópalos. Atraviesa metáforas donde una herida oculta un día de campo. Remonta, entre mueras al rey, la claridad de la ponzoña. Infunde milagros que el relámpago glosa en lazarillos de plaza.

Entrado en gastos, oscurece el nervio de este madrigal, si tras el coito, sus zarpas ventilan un costillar de ciervo. Sediento merodea la luna dormida en un nenúfar. Su respiración es nuestra brega. Saturados de medusas terminamos. Óyelo romper la comunión genital, librar el bálsamo, crispar la armonía de un sauce llorón y de una tormenta.

COMULGAR, VER, HEREDAR

Desde tu furgón de cola, olvídame mañana, colibrí. Antes de arder eres mi sangre. Invocas una fuente más allá de tu resurrección. Pájaro de cópula, tu existencia es destierro, tu invasión un trozo de hielo sobre mi nuca. Minúsculo ante la alegría, párvulo, no entiendes mi furor de sorprenderte, inmutable, en tu estación de éter. Surges de tu respiración, larva solar, y apareces en mi jardín cuando te has ido.

Sustancia amorosa para lerdos, chupamirto, tú y yo sabemos del vértigo. Inducido por el mosco o el polen, de tu inmovilidad surge la aurora. En espera de reencontrarnos abandono a lo divino, entre el follaje del alcatraz, los ojos de mi hija.

CARACOL DE TAMPICO

Ni aluvión de tiro o frontera humeante. Donde la espuma brama, tu amargo espiral incita fusiles, demora apariciones en el baño del sagrario. Oído te he visto, caracol, eludir la draga, la cima del armonio, los orígenes de una lágrima amorosa.

Sin pedírtelo, soterras tu lengua de alguacil en la barra, mascullas tu funeral. Conozcámonos, si la fiebre del Pánuco te entregó el desasosiego, satura mi casa. Quien montó tu nácar en ventas de aduana supo decirme, las conspiraciones que alude tu música. Contra la amistad que me inspiras, dispongo en tu boca un diente de león.

APARICIÓN FLAMíGERA
BAJO UN PUENTE DE GAUDí

Para Manuel Ulacia

Un relámpago leve o un puente sostenido por pájaros. Eso quiere el argonauta. No pedirá fresas silvestres o cabezas tronchadas al ángelus.

—Copular con demonios suscita una muerte
sedante.
—Yo sé lo que te digo. No hay peor demonio
que el amoroso.

Su fatigada navegación no arde en este tufo de rameras. Una ponzoña en su pupila o un árbol muerto acabará pidiéndonos. Entregarle una sombra para apresar un tigre dispersa el verano de las islas.

TREN DE AUSENCIA

Adolorido estoy bajo la noche
que en una piedra blanca su memoria
desagua. Desollado como un perro
en dunas de sal parto los confines.
Por su desaire mi alma me abandona,
deja en su lugar un demonio imbécil
que destila la luz del amor que hubo.

No lo sabía. La ausencia volcó avisperos donde la lluvia pone su oído. Perdida la quiere más. Le duele y lo adormece la herida que abre. La quiso tanto. En su bosque nocturno lo habita como si en su falo contuviera a la aurora. Tardará en irse. Sus besos no devueltos tildan la oscuridad de lumbre. ¡Que esta fiebre suya termine en glebas de escarcha!

GLIFOS PARA UN RELOJ DE SOL

Para Patricia Laurent y Oscar Efraín Herrera

&

Apunta el alacrán su oscuridad para mostrarnos la noche en una gota de agua. Último tizón celebrado, atrás queda una campana. Al escucharla nuestro pensamiento recobra, entre un rumor de levadura, el sol entre los árboles.

& &

Roto el crepúsculo del toro —en el cántaro del carnicero— otras constelaciones su sangre nos entrega. Consternado por su árbol pulmonar bajo el fuego, un pronto chaparrón nos moja la frente.

& & &

Dentro de un terrón ¿qué trama el escarabajo? Un temor de lágrima —aventura uno de nosotros— guarda su rayo verde. Amonestando su pífano, templa el alcohol del mediodía. Sin prolongar su rizo en la pizarra, goza de las bondades de un durazno abierto.

LA ESCRITURA

(el furor)

Pasé la noche sin decirte nada.
Bueno, te dije: niebla en el jardín,
queriéndote decir: aquí las nubes
pesan mucho, mejor pedir un toro
en un campo de trébol.
Sí, mejor
prender fuego a tu casa cuando vuelvo
de la resurrección o del otoño.

(campo de trébol)

Un dolor incandescente cae en tu arroyo zarco. La herida es también un pensamiento. Duele así tu escritura: sol sobre la hierba donde una flor asoma. Quien se mira en tu sangre es el otoño. Yo deseo la luz muerta de una herradura bajo el agua.

(el misterio)

Yo no tenía palabras que ofrecerte.
Tenía, sí, un jarrón chino con rosas,
la alegría de un bosque sin senderos,
mucho sol en los ojos y un deseo
como de pisar lumbre.
Me pesaba
tu hablar sin santo, sórdido, con pájaros
saqueando un granero de cebada,
día y noche, hasta su última semilla.
Me faltaban vocales para verte
correr tras el invierno.

LOS PÁJAROS Y EL CORAZÓN
(casi una novela)

(así empezó)

Pensé en sandías mientras un río estival mojaba tu pensamiento. Amé tu corazón, tu lengua.

Amé tu cuello, tus oraciones frente a una gota de sangre.

(el cuerpo del amor)

Me hablas de petirrojos picoteando el cuerpo del amor. Quisiera de verdad oír otras cosas: trenes rápidos en un lugar con sol, límpidos y resollantes manatíes dentro de un ojo. Pero no es así. El cuerpo del amor sangra, desde tu boca, una música trémula (*música de quedarse a oscuras*) en un día de relojes detenidos.

(lluvia de oídas)

Veo la lluvia en la noche. Lejos de aquí su brisa, fría y bautismal, te moja. ¿Oyes un grillo dentro de una campana? ¿Oyes mi corazón entre pájaros? Quiere mojarte esta lluvia como a un fantasma dormido al pie de una veleta.

(necesidades de ti)

Después de caminar kilómetros de caminos de lodo imagino un atajo. Tengo frente a mis ojos un sendero de piedras azules justo para llegar y decirte: necesito el aura de una mano de yeso y un tren detenido en las afueras de una ciudad pensada por un niño bobo.

(plomada verbal)

En el amor
de ti,
me siento
el hortelano
de una emoción
nocturna
y fluvial.

(simbología de tus mapas)

1. Las lecciones del otoño en el agua.
2. Ciertas vocales entre las hormigas.
3. Otros nombres para llamar al corazón.
4. El deseo en una silla bajo la niebla.

(fotografía entre nubes)

Desnuda como el agua,
casi el pensamiento
de un pájaro.
Me gustaba mirar tu cuerpo,
su religión
en torno de una manzana.
Desnuda bajo nubes,
quizás dormida como un pez
dentro de una piedra.

(aquí, ahora)

ala de golondrina en la bruma, anillo en un brocal de iguanas.

(exorcismo con fantasma dormido al pie de una veleta)

Beso una cabeza de mármol cubierta de hormigas azules. Me pierdo cuando cierras tus ojos.

Tras el vitral de un ala de mosca, te olvido.

CRÓNICA DE IMÁGENES TURBADAS EN ELESPEJO TRAS EL ZIG-ZAG DE UN COLIBRÍ

Como un presentimiento de alfileres
llega el verano, la pasión, los pájaros.
Estás desnuda. En un espejo de agua
miras un colibrí, miras un tigre.
Algo quieren de ti y tú sólo quieres
mirar la noche dentro de tu sexo.
Desgarran tu cuerpo en el estanque,
chupan tu linfa, muerden tu memoria.
No saben lo que buscan. Se golpean
con tus huesos, con tu alma, con tu risa.
Lo que no ven sus ojos tiene nombre,
playas o música de ir entre la niebla.
Algo quieren de ti y tienes que darlo.
Lo que quieren se llama: *vocal de hielo,*
patíbulo al sol, templo en un domingo.
Eso quieren de ti y tú no lo tienes.

NOCTURNO PARA UN RECOLECTOR DE LUCIÉRNAGAS

Para Yarka Bôdis.

¿En qué orfandad dispersas, noche, tus semillas? ¿Qué recolector de insectos hunde la nariz en el barro, peregrino de tus constelaciones, acólito de los ojos de tus sapos? ¿Quién, tras reconocer tus hogueras, infunde la aparición de hormigas ahí donde mi oración conserva un aguacero?

¿Cómo desprende tu lágrima sin plantación de hisopos, atenta a los perdigones en la grupa del ciervo? ¿A qué cisma de bemol torna, tu enjambre de luciérnagas, noche, para reprocharme el oxígeno de una luz enterrada? ¿Oyes en mi oído una conversación de ánimas recriminándose la aparición de una herradura? ¿De todos nosotros, quién dispone la lengua para redimir tu oscuridad sobre un bosque recién llovido?